



## INSERTOS PARA BOLETINES

### 7 de abril de 2024 – Pascua 2 (B) Semana 2: Reflexiones sobre la Resurrección

*Durante el tiempo de Pascua, Sermones que iluminan se complace en presentar las reflexiones de obispos de la Iglesia Episcopal sobre la resurrección de nuestro Señor. Revise cada semana para una breve exploración de cómo la resurrección de Jesucristo de la tumba lo cambia todo.*

La primavera siempre ha sido mi estación favorita del año. Los inviernos eran largos en la pequeña ciudad de Nueva Inglaterra donde vivía. La primavera señalaba nueva vida y crecimiento, cuando la nieve derretida daba paso a los azafranes que se abrían paso hacia arriba y el recreo volvía al patio de recreo. Cuando era niña, la primavera también traía los preparativos para la Pascua, que incluían el ayuno cuaresmal y la limpieza de primavera. Cada año, la casa se ponía patas arriba y se fregaban cortinas, sábanas, paredes, zócalos, ventanas y armarios hasta que todo volvía a brillar y parecer nuevo.

Para mí y mis cuatro hermanas, también significaba deshacerse de la monótona ropa de invierno y ponerse nuevos abrigos de primavera (todos en diferentes colores pastel, por supuesto), sombreros, zapatos de charol y vestidos a juego. Se respiraba un aire de novedad y posibilidad. Cuando me hice mayor, empecé a comprender que la Pascua era algo más que ropa nueva y zapatos de charol, algo más que cestas llenas de paja rebosantes de huevos de chocolate rellenos de crema y piruletas con forma de conejo. Esos sentimientos de novedad y posibilidad eran y siguen siendo parte de la historia de Dios, la historia que mis padres compartían y vivían cada día.

Mis padres eran personas de resurrección. Vivieron lo mejor que pudieron la vida que Jesús encarnó. Hicieron sacrificios para asegurarse de que mis hermanas y yo tuviéramos lo que necesitábamos para crecer y prosperar, y algo más. Depositaron su confianza en la Resurrección, seguros de que Dios estaba haciendo algo nuevo en sus vidas y en las de sus hijos. Los sacrificios que hacían no siempre eran evidentes; cuando yo era mucho mayor, descubrí que mi madre había pasado años sin estrenar abrigo para que mis hermanas y yo pudiéramos tener ropa nueva cada Pascua. Cuando murió mi abuela, mis padres invitaron a mi abuelo a vivir con nosotros, para que no estuviera solo en su jubilación, renunciando al dormitorio que acababan de construir para ellos. La generosidad y el servicio de mis padres, más poderosos que las palabras, demostraron a nuestra familia y a la comunidad la diferencia entre lo que cuenta y lo que no. Mis padres depositaron su fe y confianza en la vida, muerte y resurrección de Jesús y vivieron las promesas hechas en el bautismo durante toda su vida.

Para ellos y para mí, la resurrección de Jesús revela que la verdadera vida y la fe se encuentran en aquellos lugares donde las personas, a menudo sin que los demás se den cuenta, ponen sus propios cuerpos en la forma de la vida de Jesús. Tengo el privilegio de ver cómo se vive esto en el trabajo de nuestros capellanes del ministerio federal que aconsejan y caminan junto a nuestros militares, veteranos y encarcelados. Apoyan, animan y ofrecen esperanza pascual al joven marinero que pasa la noche en vela con un niño enfermo, al veterano que cuida con ternura a su mujer con demencia avanzada, al soldado que reza por su hermano alcohólico, al preso que denuncia la injusticia de nuestro sistema legal, al aviador que busca tratamiento para la depresión, al guardián que se cuestiona su sexualidad y su lugar en el ejército, o a la marine que sufre daños morales y que, a través de la reconciliación, es capaz de perdonarse a sí misma y a los demás.

Hace falta valor para ser personas de Pascua. Hace falta fe para ser personas de resurrección. Requiere que dejemos a un lado la promesa de seguridad, que aceptemos la incertidumbre y que no confiemos en otra verdad que la que hemos visto y oído en Jesús, y que encontremos nuestra esperanza en vivir vidas de fidelidad encarnada. La Pascua nos recuerda que podemos experimentar a Cristo resucitado en la palabra de Dios, en los sacramentos y, más profundamente, en la forma íntima y personal en que vivimos nuestras promesas bautismales. Jesús, con su vida, sufrimiento, muerte y resurrección, demostró lo que los resucitados saben que es verdad: nada, ni siquiera la muerte, puede separarnos del amor de Dios.



**La Rvda. Ann Ritonia** es la VIII Obispa Sufragánea de la Obispa Presidenta para las Fuerzas Armadas y los Ministerios Federales. Ha servido en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, en la Reserva del Cuerpo de Marines, en la Asociación de Veteranos y como sacerdote y rectora de parroquias de todos los tamaños. Es una persona de resurrección.